

ella se alzaba en su defensa. Uno de los recuerdos más hermosos que conservo de tu madre es en su papel de abogada de Primo, sola, encendida, tensó el tendón de su frágil cuello, frente a la camarilla de inquisidores: Todas las personas singulares están llenas de contradicciones. Sorprendía su posición, el calor de sus palabras, que muchos atribuían a la indulgencia del inflexible Primitivo Lasqueti hacia mi pintura".

"Cuando surgió el rumor de mi ingreso en Bellas Artes (Real Academia de la Lengua?) (...) yo dudé si aceptarlo (...) pero ella me animó: "Debes hacerlo y luego meter a Primo y César Vallejo (César Vallejo?) allí". (Eran pintores o el autor era escritor?). Hay que rejuvenecer esa casa."

"El que no la conociera hubiera pensado mal, se hubiera burlado de mi incauta aprobación de aquella amistad con Primo, pero yo conocía el alcance de su relación, el juego estrictamente intelectual que se desarrollaba entre ellos. Ambos vibraban por lo bello; la diferencia estribaba en que mientras el sentido de la belleza no rebasaba en Primo la esfera del arte, tu madre descubría la



belleva en las cosas más precarias y aparentemente inanes. Y donde no existía, era capaz de crearla rompiendo los valores establecidos, anunciando todos los riesgos". (...)

Pg 34. "Algunas veces, al concluir las visitas, íbamos a ver a Primo (En Madrid), a Primo Lasqueti, interrumpiéndole su tarea matutina.

Les van a meter un montón de años, vaticinaba. Hoy día las chiquilladas se pagan caras; las revoluciones no se hacen con aficionados. En realidad no acudíamos a él para consultarle, pero le escuchábamos porque sabíamos cómo las gustaba; conocíamos de sobra su modo de ser. ¿Quién es la detenida, la guapa?, preguntaba de pronto. Tu madre se sentía lastimada, se quejaba en falso cuello: Ninguna de mis hijas es fea. Él la miraba atentamente, desde detrás de la máquina de escribir, por encima de las gafas: Verdaderamente no tienen motivo.

D. Miguel: Feliz Navidad y Enhorabuena por su Premio Cervantes. Umbal escribió un artículo durísimo contra el jurado: "Yo acuso" de El Mundo. Te he leído a Ud. y me encanta. Mi amigo de Ibi Juanjo Fernández que hace años fue personalmente a saludarle porque ha leído toda la obra de Ud. con pasión y porque es un escritor vocacional le conoce a Ud. mejor que yo. Supongo que ya le habrá felicitado. Creo que Umbal se ha equivocado genialmente. Me encantaría poder conocerle personalmente. Gracias por mis libros (te he leído 5 o 6 sólo). Por este, donde creo que rebata magníficamente a su propia esposa y a Umbal, una mujer

y yo nos hemos enamorado de Ud. y su mujer.
 No encantaría tener un autógrafo de Ud.
 pero en una foto donde esté Ud. con ella.
 Debí en una joya. "cherchez la femme".
 Gracias. Un abrazo. Mi tío y Angy

Miguel Delibes. "Señora de rojo sobre fondo gris".

Ed. Destino Ancla y Delfin. 677. Sant Vicenç dels Horts. 1991.

Pag 25 - Descripción de Primo Lasqueti (Paco Umbal?) por Delibes y su mujer.

"Le conocí en la Biblioteca Nacional, la tarde que presentó una colección de libros de cuentos. El salón, como era lógico, estaba lleno de gente relacionada con la literatura infantil, pero la tesis que sostuvo Primo fue que los cuentos no interesaban en absoluto a los niños, que los que los niños deseaban leer eran los libros que sus padres cerraban con llave en su biblioteca. (Los niños cuyos padres tienen libros, videoteca...). Se armó un escándalo regular, pero ella se entusiasmó: Es más original de lo que me habías dicho, repetía. Un contradictor, eso es; un argüitivo, reía yo. Pero a ella le fascinaban las personas con su propio perfil, diferenciadas. Con el tiempo fue conociendo a Lasqueti, sus ocurrencias, su impiedad, su cinismo, sus sarcasmos, pero también su timidez, su sensibilidad que tan hábilmente disfrazaba de audacia. Es como si tuviera una cuenta pendiente con la sociedad, comentaba ella. Sus críticas, sus escritos, incluso los de mera ficción, recataban unas cargas de profundidad que hacían

Pag 26. volar por los aires personas, prestigios e instituciones. Parecía complacerse en atraer odios contra su persona. Pero era fiel a los pocos valores que respetaba y a la amistad. Ella decía: Su desdén es sólo aparente; apenas una máscara. Amaba a media docena de personas pero incondicionalmente; con todo su corazón. A veces se lo insinuaba y él respondía con su indiferencia estudiada: ¿Crees tú que hay más de media docena de personas en el mundo que merezcan ser amadas? Ella afirmaba convencida: La gente quiere despreciarlo pero no puede; es demasiado importante y tenía razón. Rara vez, en conversaciones sostenidas en círculos más o menos intelectuales, dejaban de mencionarlo. Y cada vez que esto ocurría se hacía una pausa, que los contertulios aprovechaban para mirarse entre sí con cierto recelo, pero el silencio duraba lo que tardaba en surgir el primer calificativo: Es lo que es, es un cabrón, decía uno. Y, tras la primera piedra, llegaba la lapidación inmisericorde: resentido, blasfemo, soberbio, desalmado. No había epíteto que no le fuera aplicado. Y entonces,